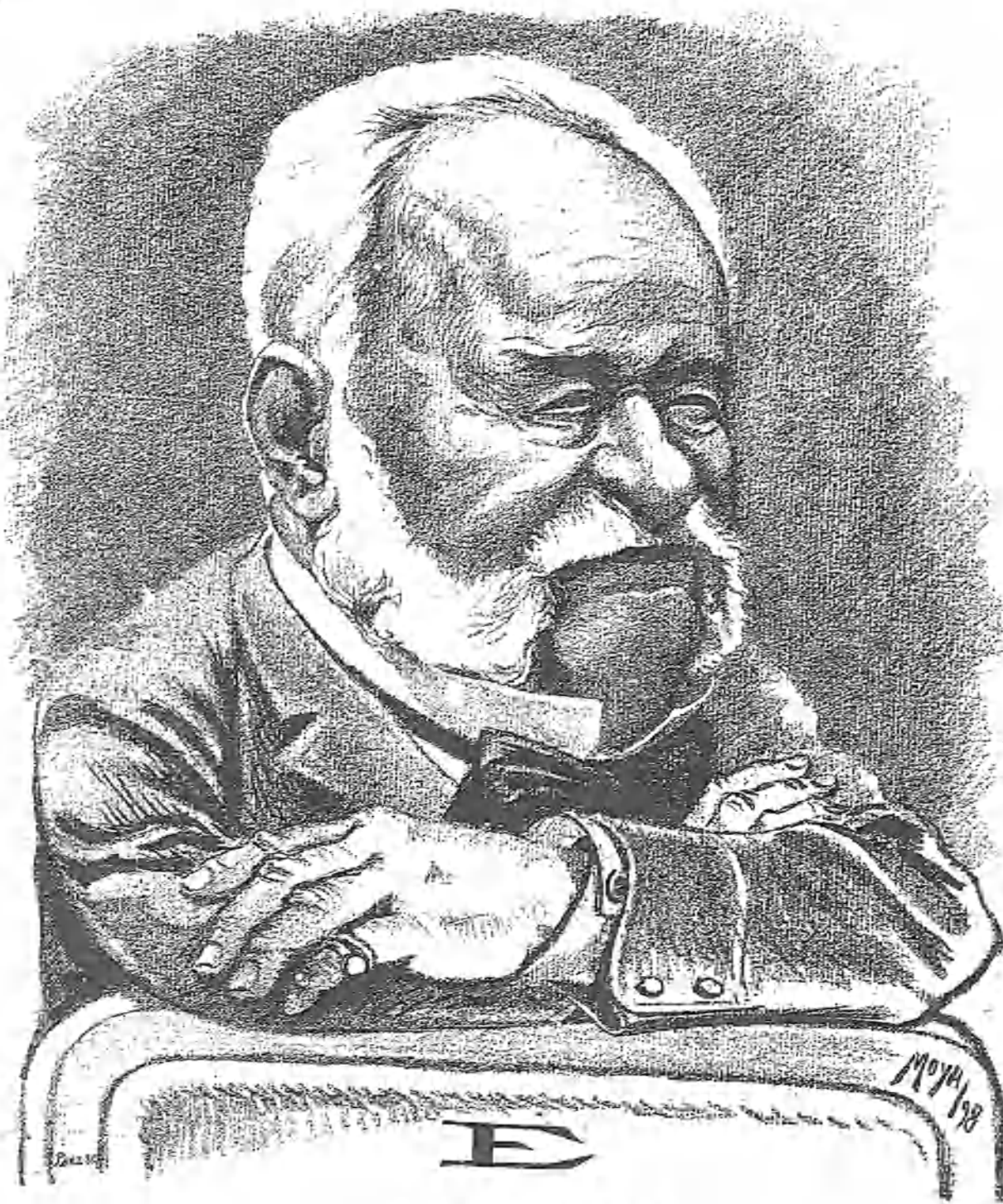




Madrid Comico

Director: LUIS RUIZ DE VELASCO.

II. LOS INMORTALES, dibujo de J. Moya.



DON RAMÓN DE CAMPOAMOR

MAQUINARIA Y ARTÍCULOS

PARA

Imprenta, Litografía y Encuadernación.

Ramón Gorchs

Muntaner, 7.—BARCELONA.—Muntaner, 7.

ÚNICO REPRESENTANTE EN ESPAÑA DE LA CASA
ALAUZET Y C.^o de París

Tipos comunes.—Titulares.—Orias.—Letras de madera para cartones.—Fleteras de cobre.—Tipos para dorar á mano y á volante, etc. etc.—Deposito de tintas de Lafeche Brehm, de París.

PASTILLAS BONALD

CLORO-BORO-SÓ ICAS A LA COCAINA

Lo más eficaz que se conoce para la curación de las enfermedades de la boca y de la garganta (anginas, tos, ronquera).

Los médicos las recetan y el público las conoce y distingue de los plagios.

Se venden á 2 pesetas caja en la farmacia del autor, **Núñez de Arce, 17** (ANTES GORGUERA), y en las principales de España.

¡¡¡FUMADORES!!!

Pronto se pondrá á la venta en todas las fábricas de boquillas, quincallerías y bisuterías, el

Limpia Boquillas «UNIVERSAL»

(CON PRIVILEGIO EXCLUSIVO)

Agente para la venta al por mayor en Madrid: **Manuel Ruiz Cabrera**

MINAS, 10

ESCOFET, TEJERA Y C.^a

FÁBRICAS

DE PAVIMENTOS

DE MOSÁICOS HIDRÁULICOS

Piedra artificial

Baños, Fregaderos,
Peldaños en aglomerado de marmol,
Balaustres, Florones, Artesonados
y demás artículos para la construcción
y decoración.

PORTLAND

INGLÉS Y FRANCÉS
DE LAS MEJORES MARCAS

EN BARRICAS Y SACOS

CAL DE TEIL Y CEMENTOS

DE LA SOCIEDAD

J. & A. PAVÍN DE LAFARGE

(Representación exclusiva)

CEMENTO CATALAN

Arena de marmol para estuco.

AZULEJOS

18, Alcalá, 18.—MADRID.—18, Alcalá, 18.
8, Ronda S. Pedro, 8 BARCELONA 8, Ronda S. Pedro, 8.
7, Rioja, 7.—SEVILLA.—7, Rioja, 7.

ESTÓMAGO ARTIFICIAL!

6 **PÓLVOS** del **Doctor KUNZ** es un preparado incomparable para la cura de todas las dolencias del estómago e intestinos, por antiguas que sean. Los vómitos, acedías, ardores, pesadés, flatos, dolores de estómago, cintura, etc., etcétera, así que diarreas ó estreñimiento, desaparecen á la primera dosis.—Éxito seguro. **Caja, 7,50**; media caja, 4 ptas., en farmacias y Madrid, Arrenal, 2; **Barcelona**, Rambla Flores, 4; **Habana**, Sarrá; **Manila**, Zobel y Meyer y **Compañía**; **Lisboa**, Acebedo; **México**, Levy y C.^o; **Caracas**, Moza, y en las farmacias y droguerías bien surtidas. Pídanse folletos.

CHOCOLATES Y CAFÉS

DE LA

COMPANÍA COLONIAL

—2024—
TAPIOCAS-TEES

de Recompensas Industriales

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

SANTALINO GAYOSO

Novísima fórmula superior al Sándalo, Copalita, Cubeba, etcétera, para la curación de la **Hemorragia, Cistitis, Catarros de la vejiga** y enfermedades de las vías urinarias, 4 pesetas frasco en las principales farmacias. Madrid: Arrenal, 2. Barcelona: Rambla de las Flores, 4.

APARATO-GENERADOR-AUTOMÁTICO

DE

Gas Acetileno

Sistema **LÓPEZ FRANCH** (Privilegiado).

Para el alumbrado de poblaciones, casas particulares, cafés, fábricas, jardines, etc.

ÚNICO QUE GARANTIZA LA INEXPLOSIÓN

Se facilitan datos, **J. López Franch**, Rosellón, 167, (GRACIA), **Barcelona**.

LINTERNAS DE ACETILENO PARA BICICLETAS

Depósito de CARBURO DE CALCIO

Encargos y datos en Madrid, San Hermenegildo, 32, imprenta

BIBLIOTECA DEL MADRID COMICO

ALMENDRAS AMARGAS

POR SINESIO DELGADO, DIBUJOS DE CILLA

Precio, 3 pesetas.

POLVORA SOLA

Composiciones en verso, por Sinesio Delgado.

Precio, 3 pesetas.

COCINA COMICA

POR JUAN PEREZ ZUÑIGA

PRECIO, 2 PESETAS.

CUENTOS DE MI TIEMPO

POR JACINTO OCTAVIO PICON

Precio, 3,50 pesetas.

ESPAÑA COMICA

ALBUM DE CINCUENTA CARTULINAS

ENCUADERNADO EN TELA

Precio, 25 pesetas.

MADRID

CÓMICO

NOTA POLÍTICA, *por Rojas.*



¿QUIÉN SE LLEVARÁ LA CAPA?



DE TODO

UN

POCO

Desde que el Gobierno ha decidido cerrar las Cortes y proceder á la elección de nuevos diputados, reina la intranquilidad en el seno de muchas familias.

Casi todos los españoles que han saludado dos veces á Sagasta ó han estrechado la mano de Capdepón, aspiran á representar un distrito en las futuras Cortes.

De los socios del Círculo liberal, hay solamente cuatro que no pretenden actas. Los demás, incluyendo los mozos, visitan al ministro de la Gobernación casi todos los días y le levantan dolor de cabeza pidiendo distritos.

Entre los aspirantes más molestos, figura un chico que estrenó una obra en Romea el año pasado con música de Perecbeto y no fué del agrado del público.

—En vista de que no he «resultado» autor—le dice á D. Trinitario—vengo á ver si me mete V. en el Congreso.

—¿Cuenta V. con elementos en algún distrito?—le pregunta el consejero de la corona.

—Sí, señor. El año pasado estuve dos meses en Villaboliche y allí me creé muchas relaciones, y me hicieron hijo predilecto del casino y de una botica de la localidad.

—Eso no basta.

—¿Que no basta? Puede V. tomar informes y le dirán que allí me adora todo el vecindario. El albeitar me tuvo en su casa á mesa y mantel cerca de ocho días, mientras me duró un catarro de cabeza. El juez municipal y yo jugábamos al tute todas las tardes; el médico tenía en mí tal confianza, que me llevaba consigo á visitar á los enfermos y en su nombre asistí á dos partos y le ayudé á hacer dos operaciones necesarias.

El ministro no acaba de decidirse y el pretendiente redobla sus súplicas y hace todo género de esfuerzos para captarse las simpatías de Capdepón.

Anoche se le presentó en el ministerio y le dijo:

—Lo que necesita V. son personas que le sean adictas y le quieran de verdad, como me sucede á mí, que tengo delirio por usted.

Y sacó del bolsillo un sobre, dentro del cual había un retrato del ministro con casaca y sombrero apuntado.

—¿Ve V. .? ¿Ve V. lo que soy yo?—dijo enseñando el retrato.—Le llevo á V. en efígie y siento no tener un poco de pelo suyo para meterlo en un medallón.

Con tal de conseguir un acta de diputado, hay persona que llegaría hasta el sacrificio.

En casa de Sagasta se ha metido de hoz y de coque cierto joven malagueño, que á cada paso le recuerda al presidente sus pretensiones parlamentarias.

—Ya sabe V. que aspiro á ocupar un asiento en las cortes...

—Sí, ya lo sé—le contesta D. Práxedes.

—Si tiene V. algún callo que le moleste, no llame V. á nadie. Yo los operé sin dolor y sin instrumentos. No sabe V. el gusto que yo tendría en poseer un ojo de gallo de persona tan importante como V. para engarzarlo en una sortija.

—¡Qué barbaridad!

—Esto es para demostrar á V. mi adhesión y mi deseo de servirle como diputado y como callista.

También hay aspirantes á distritos que apelan á medios tremebundos.

Un tal Chaparro, gallego él y hombre bastante sucio pero aficionadísimo á la política y á las pompas mundanales, escribe anónimos á los ministros diciendo:

«¡Ojo. Mucho ojo!»

«Un amigo de la situación te avisa de que corres un gran riesgo como no apoyes la candidatura de Chaparro.»

«Se te vigila con el propósito de asesinarte en el caso de que aquel se quede sin distrito.»

«Si quieres vivir libre de asechanzas, protege á Chaparro. Sinó, morirás y tu cabeza aparecerá colgada de una escarpia en las paredes del ministerio de la Gobernación, un jueves por la mañana.»

«¡Alerta!»

No sé si triunfará Chaparro, pero lo que sé es que obtendrá un acta, limpia como las propias rosas, un jovencito rubio, con cara de modista, que va todas las tardes á hacer el amor en la carrera de San Jerónimo á cuantas chicas salen á paseo.

Es sobrino de un general y tiene una prima casada con un senador vitalicio y además la autora de sus días dicen si estuvo en relaciones con un jefe de grupo parlamentario.

El caso es que Adolfin—que así se llama el futuro padre de la patria—cuenta con el apoyo del gobierno y lo primero que va á hacer, en cuanto le den el acta, es comprarse un gabán muy largo, con cuello y bocamangas de piel de nutria para presentarse en el hemicycle con toda la solemnidad que el elevado cargo requiere.

—¿Para qué quieres tú ser diputado?—preguntaba Adolfin una señorita del coin.

—Para tener impoltancia política—contestaba Adolfin, con su encantadora media lengua.

—¿Y por dónde vas á salir diputado?

—Por mi pluma y por mi tío y por mi mamá.

¡Tendrá que ver Adolfin resolviendo los intrincados problemas de Cuba y Filipinas!

*
*
*

Hoy los que sabiendo leer y escribir no aspiramos á la diputación, vendremos á ser una media docena.

—Hombre—me decía en cierta ocasión Merluza; un pobre chico que no tiene ropa, ni dinero, ni conversación, ni salud, ni nada—¿Podrías prestarme un sombrero de copa?

—Se me ha quedado un poco antiguo,—le respondía yo.

—No importa.

—¿Vas á algún bautizo?

—No. Voy á las Cortes.

—¿A ver algún personaje?

—No, á jurar el cargo.

—¿Qué cargo?

—¿No lo sabes? Me han elegido diputado ministerial.

LUIS TABOADA.

¿COMO SALDRÉ DEL PASO?

Me han escrito de Tarrasa
que mi prima Luz Guillén
(que ya de los treinta pasa)
se casa... no sé con quién,
pero el caso es que se casa.

Juro, y así lo propalo,
que ni ella me inspira envidia
ni él tampoco; aquí lo malo
es que hay que hacer en regalo
y el hacerlo me fastidia.

Y si Luz, mi prima bella,
fuese cercana, en buen hora;
no me haría tanta mella.
¡Pero si yo para ella
no he sido primo hasta ahora!

Sólo por su conveniencia
conmigo está emparentada.
¿Cor que primos? ¡Qué ocurrencia!
¡Si yo tengo la evidencia
de que no me toca nada!

Ahora bien ¿qué la daré?
¿Cómo del paso saldré
si en las modas no estoy ducha,
sobre todo cuando sé
que no puedo gastar mucho?

¡Cuántas veces no he debido
gastar lo que me he gastado
en un obsequio lucido,
que luego le ha parecido
muy pobre al interesado!

Cuando se casó Asunción
y la mandé un medallón,
exclamó:—¿Y esto me envía?
¡Bah! Cuánto mejor sería
que me mandase un jamón!

Pero yo envíos no quiero
de género tan pingoso.
¿Mandarla un jamón entero?
¡Que se lo compre su esposo

en casa del chorricero!

Hay una cosa que no
puedo aguantar; y es que lo
que yo compro, bueno ó malo,
coincida con el regalo
de otro primo como yo.

No ha mucho con Luis Contreras
se casó mi prima Inés,
y, que quieras que no quieras,
se reunió con diez poncheras
y veinticinco quinqués.

¿Qué tendrá? ¿qué no tendrá?

En esto fundada está
mi vacilación odiosa.

¿La faltará alguna cosa?

¿Qué cosa le faltará?

Es caro lo que es bonito
y como yo necesito
pez grande que pese poco
y me estoy volviendo loco
por buscar el regalito,

yo haré á Luz, la de Tarrasa,
con más ó con menos arte
versos para andar por casa,
y estando á punto la masa
se los pondré en cualquier parte.

Mas nó, que Luz querrá prosa.
¿Qué compro á la nueva esposa?
Para una Luz, considero
lo mejor un reverbero
¡pero eso es tan poca cosa!...

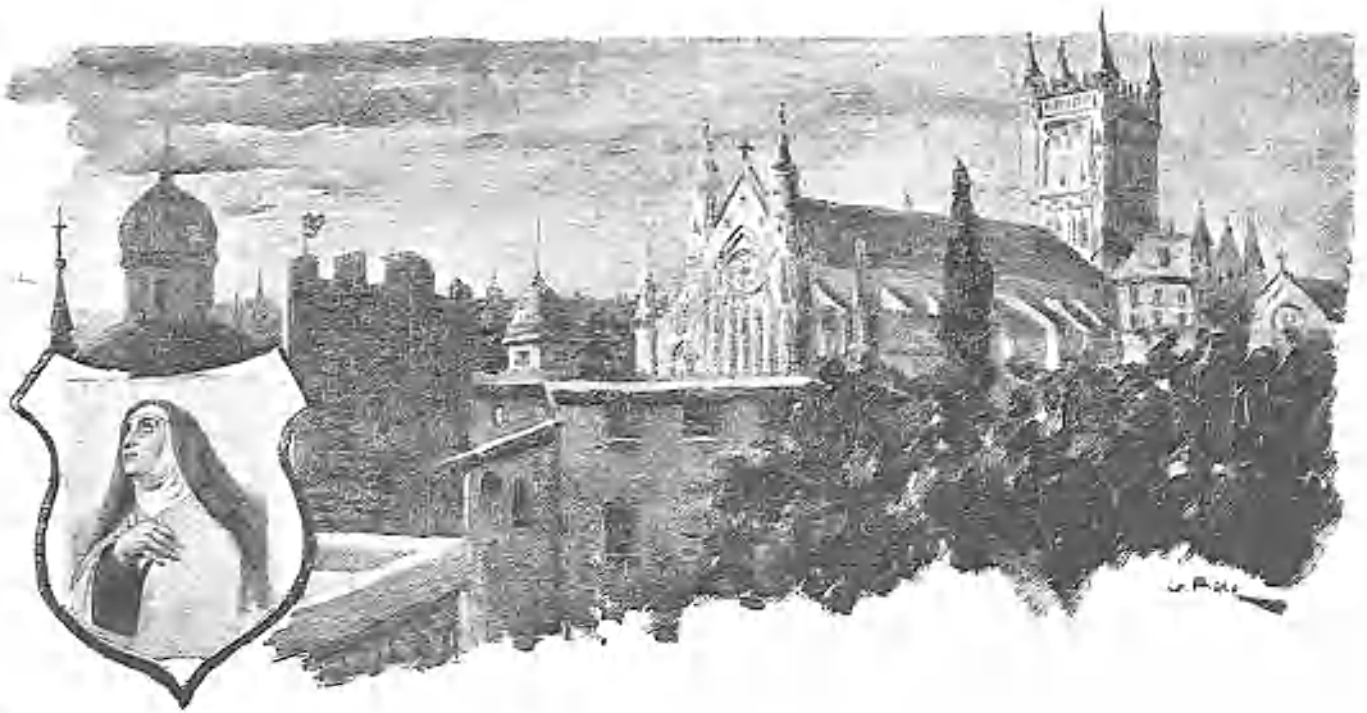
Luz, cuando yo me casé
no me dió ni un altramuz
y hoy me hace andar en un pié.
¡Nada, nada, yo no sé
lo que voy á dar á Luz!

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA

¡OH! EL ARTE



Sólo viniesta á admirar,
las obras que expuse aquí,
después de mucho estudiar,
tú, que no me has de comprar;
¡digo, me parece á mí!



UNA MUJER

(SILUETA)

...Tenía el temple de alma de los grandes artistas, la voluntad de los guerreros legendarios, la fé de los primitivos cristianos. A los dieciocho años ingresó en un convento de Avila. Dos lustros más tarde estableció en la misma ciudad su primera fundación. Desde entonces su actividad es extraordinaria: viaja continuamente por toda España, mantiene correspondencia con prelados y magnates, multiplica sus monasterios, desbarata intrigas de sus mismos hermanos, apacigua rencillas, aplaca envidias... No la ayudaron los grandes de la tierra en sus empresas; sola, pobre, enferma, recorrió su patria, sin más compañía que la compañía de mujeres tan débiles como ella, sin más tesoros que los tesoros de su entusiasmo.

Es el relato de sus viajes, libro de *Las fundaciones*, obra ingénuo como ninguna, de un desaliño encantador, de una claridad desesperante. A ratos hace sonreír discretamente; á ratos conmueve como el relato de un hecho heroico. Viajar hoy es empresa fácil; entonces lo era arriesgada. Estaban solitarios los campos, llenos de peligros, frecuentados por malhechores; eran raras y despacibles las posadas, molestos los vehículos... Si los poderosos, amparados de su fortuna, viajaban incómodamente, ¿cómo lo harían y á qué peligros no se expondrían unas pobres mujeres? En cierta ocasión, llegando de madrugada á Medina del Campo, estuvieron á pique de ser topadas de unos toros que encerraban para correrlos; en otra, cerca de Burgos, y en día de tempestad, faltó poco para que pereciesen anegadas en un río al vadearlo; y la propia mujer retratada en estas líneas, en el ocaso de su vida, cuando ya su nombre infundía respeto universal, ¿no vió amargados sus últimos días por el trato despiadado de los moradores de Peñaranda, que la negaron hospitalidad y alimentos?

Nada, sin embargo, amenguó su tesón: ni la pobreza, ni la enfermedad, ni la guerra silenciosa que la envidia le hacía. A todos predicaba amor, y era tal la energía maravillosa de esta mujer, llamada por un prelado de su tiempo «inquieta y andariega», que lle-

gó á causar temor á sus mismas hijas. En una de sus cartas al P. Gracián, dice hablando de sí que «hanla comenzado á tomar miedo»; y en otra á la priora de Sevilla, que «sentía que, amándola como á hija, no gustase de estar siempre con su madre». ¿Puede darse prueba más elocuente de fortaleza de ánimo que su carta á Felipe II? Interviene en ella en favor del autor de *La Josefina*, y una de las razones que dá para excusar su epístola al monarca, es ésta: «Considerando que pues sufre el Señor mis indiscretas quejas, también las sufrirá Vuestra Majestad...» *Libertad Santa de espíritu*, llama á esto Palafox; arrogancia me atrevería yo á llamarlo.

Para juzgar de la actividad desplegada en sus fundaciones, de la energía de su carácter, no hay más que leer el itinerario de sus viajes. Es éste: Avila-Toledo, Avila-Medina del Campo, Madrid-Alcalá, Toledo-Malagón, Toledo-Escalona, Avila-Valladolid, Medina-Avila, Madrid-Toledo, Madrid-Pastrana, Toledo-Pastrana, Toledo-Avila, Salamanca Alba de Tormes, Salamanca-Medina, Avila-Salamanca, Alba-Medina, Avila-Segovia, Avila-Valladolid, Medina-Avila, Toledo, Malagón Almodóvar, Veas-Sevilla, Malagón-Toledo, Avila-Valladolid, Medina-Alba, Salamanca Malagón, Villanueva de la Jara-Toledo, Valladolid-Segovia, Avila-Medina, Valladolid-Palencia, Avila-Medina, Valladolid-Palencia, Burgos-Palencia, Valladolid-Medina, Peñaranda-Alba...

Y en Alba murió: «el rostro muy bello y encendido —dice un testigo presencial,— con tanta hermosura, que me pareció no se le había visto mayor en mi vida».

Renan la admiraba sinceramente; Hernesto Hello, en sus *Fisonomías de santos*, ha hecho de la hija de Avila un admirable retrato; Leopoldo Alas siente por ella una verdadera simpatía.

Era alta, esbelta, blanca y carnosa de cara; obscuro el cabello, los ojos negros, expresivos; de imponente severidad cuando graves, de alegría infantil cuando risueños...

J. MARTÍNEZ RUIZ.

AMOR PROHIBIDO

LESBIA (*).—CATULO.—METELO.



¿Green Vds. que yo soy músico, pintor,
poeta, ó periodista?
Pues no soy nada de eso!
Soy modernista.

—¡Cuán dulces y tranquilas
las horas son para el esposo honrado
que en las claras pupilas,
se mira retratado,
de una consorte fiel, Catulo amado!
¡Cuán grata al alma ansiosa
que en el hogar libérrima se esparce,
la santa paz preciosa
con que de la azarosa
líd mundanal se cura y se resarce!

Plécele al dolorido
caminante, en mitad de la jornada,
detenerse, y tendido,
dar ansias al olvido
y disfrutar la sombra regalada;
y oír como riénte,
á sus piés, entre flores caminando;
cristalina corriente
le arrulla dulcemente,
claro espejo al espíritu brindando.
Así también, Catulo,
plácele al alma, de luchar rendida,
huir el disimulo
mundano, y escondida,
vivir la paz con que el hogar convida.

Busque el amor en vanas
fiestas, atolondrado jovenzuelo,
á quien las cortesanas
con caricias livianas
rasgan de la inocencia el frágil velo;
El hombre recio y ducho,
en achaques del alma ya versado
por los años, no es mucho
que al hogar sosegado
pida de amor el fruto ya logrado.
Bese mi calva frente
que no nubla el temor, mi compañera,
y el alma noblemente,
sin que el dolor la hiera,
rindase á sus halagos, prisionera;
y allá quédese el mundo,
que por sus vanos goces no porfio,
y con desdén profundo,
viviendo á mi albedrio
de sus risas malévolas me rio.

¡Benditos los umbrales
que al hogar, ¡oh Catulo!, conduciendo,
frontera de los males,
son, con que el mundo horrendo
va á las almas sin tregua persiguiendo!—

Metelo—blandamente reclinado
junto á Lesbía, su esposa—
dijole así á Catulo, que arrobado
le miraba en los ojos de la hermosa.

(*) Es sabido que con este nombre immortalizó
Catulo á su amante, esposa de Metelo.

—¡Oh! experto y sabio amigo,
—Catulo cont-stó—prudente esposo,
tu casto hogar bendigo
de mi amistad abrigo,
y bendigo tu tálamo dichoso;
pero la que pregonas
sana opinión, mi espíritu no escucha:
mientras tú te apoltronas
y en la paz te abandonas,
lanzo un reto al dolor... ¡Amo la lucha!

Quédense del tranquilo
blando hogar, la quietud y dulcedumbre,
para el que á tal asilo
le lleve ó le acostumbre
ciega fé, tolerante mansedumbre.
Yo que de las mujeres
soy amador incrédulo, procuro
sus gracias y placeres,
pero en salud me curo,
que á ser manso fiador no me aventuro;
más grato es ser amante
favorecido de la esposa ajena,
que no tutor constante,
crédulo ó tolerante,
de la propia que al yugo nos condena.
No olvides, noble amigo,
que la paz con el tedio se avicina.
¡Ay! al dolor bendigo,
saludable castigo
que al placer nos provoca y encamina.
Mientras en paz amable
el esposo se enerva y languidece,
en lucha formidable
el amante padece
y se agita y se afana y se enardece;
y sirve á su ventura
de acicate, la angustia de su seno,
cuando en la noche obscura
con riesgo se aventura
y el fruto coge del cercado ajeno...
¡Dulce fruto prohibido,
por prohibido más dulce y codiciado,
sin tregua apetecido,
en la sombral ogrado
y en la sombra con ansia devorado!

¡Oh celos torcedores!,
¡oh secreto esperar que el fuego avivas!,
¡oh afanes!, ¡oh temores!,
¡oh duelos, precursores
de vedadas aventuras fugitivas!...—

Dijo Catulo con ardor creciente.
Escuchóle Metelo, indiferente.
Lesbía, encendida en púdicos sonrojos,
inclinando la frente,
sonió dulcemente,
y á Catulo miró con tiernos ojos...

EMILIO FERNÁNDEZ VAAMONDE.



Con las guerras dichosas están los hombres
muy altos. ¡Parecen el cambio!



Lo primero que hacía yo, si fuera go-
bierno, era poner el cocido libre



1.—¡Juan López y Gutiérrez, escritor dramático, repasa á altas horas de la noche un drama soyo! ¿Se lo tomará el empresario?



2.—¿Se puede pasar?
—¿Caballero?
—¡Caballero!



3.—Escuso decirle á V. que dado su nombre y el mérito que V. tiene reconocido, no tengo inconveniente en darle á V. por su dr. ma veinte mil pesetas ¡ahora mismo!
—¡.....!



4.—Ha tomado V. posesión de su casa! Le doy á V. un millón de gracias.... ¡Ah! ¡y si quiere V. otro drama, pase V. mañana por aquí!



5.—¡Se acabó el hambre! ¡Se acabó el frío! ¡Se acabaron los ingleses Soy rico! ¡.....! ¡Aquí están los billetes! ¡No es ilusión, los toco, los toco!



6.—(Despertando). ¡Eran las cuartillas! ¡.....!



CARTAS DE UNA MADRILEÑA A UNA PROVINCIANA

(CLEOPATRA)

Querida Pepita: dame albricias, pues soy tan afortunada que puedo reanudar estas cartas, interrumpidas hace más de un año, hablándote de algo verdaderamente hermoso.

En el *Español* se ha estrenado una adaptación a nuestra escena del drama de Shakespeare, *Antonio y Cleopatra*, hecha por Eugenio Sellés. Causas que al prójimo no importan me han privado de presenciar la representación desde la platea; la he visto entre bastidores, donde el oro es latón, la piedra lienzo y los brillantes vidrios; pero donde se va, en cambio, el esfuerzo por agradar al público y llegar con el arte a la poesía de la realidad.

Ya sabes que Sellés, el autor de *El Nudo Gordiano*, es un literato cuyo nombre no podemos olvidar las mujeres: él fué quien bravamente llevó al teatro en toda su cruda fealdad moral y belleza artística el tipo de la pecadora de oficio; el poeta ansioso de probar que las que venden amor vengan a las virtuosas postergadas, por lo cual llamó a las primeras *vengadoras*, pintándolas con tanta maestría, que nos las mostró peores de lo que parecen, aunque no tan malas como son. Sellés es para los hombres lo que en un grosero lenguaje de café llaman ellos un *talento macho*; para nosotras es un admirable observador algo pesimista, pero muy suyo, y que nos conoce a fondo. En sacar a la vergüenza nuestras flaquezas y delitos es implacable; en cambio pone en nuestros labios frases bellísimas haciéndonos decir cosas que agitan los corazones más fríos; se parece al diablo en que desconfía de nosotras y no logra prescindir de nuestro poder. Su estilo es bien proporcionado y vigoroso, bello y sensual como el cuerpo de un fáuno; sus pensamientos, audaces como los de un amante apasionado; cuando ama enardece; cuando se queja hierve; sus atrevimientos de palabra no serían tolerables si no vinieran ataviados de el espléndido ropaje con que los viste; sabe obligar a que se le escuche sin protesta lo que otros no aciertan a decir sin ofender al decoro. Dejemos que los hombres discutan en él al pensador y admiremos nosotras al poeta.

Mi insaciable afición a la lectura ha hecho que no necesite esforzarme para traer a la memoria el drama original *Antonio y Cleopatra*, de Shakespeare; aquel incomparable genio a quien se ha llamado *creador de ulmas*; y también he recordado lo bien que pinta sus errores un gran escritor francés de estos días el cual se lamenta de que Shakespeare es á veces difuso y desigual, de que dice tremendas obscenidades y junto á delicadezas de sentimiento casi divinas y profundas observaciones sobre la naturaleza humana, incurre súbitamente en groserías que lastiman no solo nuestra inteligencia, sino hasta nuestro corazón.

No falta imparcialidad al literato que esto afirma, y como estos, no defectos sino excesos, son en el coloso inglés tan grandes como sus aciertos, es decir, tremendos; resulta que el teatro shakespiriano, por difuso, desigual, lento y extremadamente libre, es hoy irrepresentable. En una tertulia donde asistan señoras poco artistas, no muy inteligentes y algo acostumbradas, no es posible leer en alta voz un drama suyo, porque aunque siempre ensalza la virtud, ofende con frecuencia al pudor; lujo que, á imagen de la Naturaleza, solo se pueden permitir los genios. ¡Qué ferocidades dice á *Desdemona* su padre! ¡Qué frases de amor las de *Juliet*! ¡Qué cosas tiene que oír *Ofelia*! ¡Con qué salvaje y hermoso cinismo hablan algunos personajes de *Cleopatra*! No; no es posible que todo eso lo aguante hoy el público que compra en la taquilla el derecho á ruborizarse.

Mi bello ideal sería que esas obras se pudieran representar tal como están escritas; pero, aparte la libertad de lenguaje, lo impide su estructura; son demasiado largas y pesadas. El vulgo gusta de dedicar poco rato á cada ocupación, quiere impresiones rápidas, como hombre hastiado que busca y paga amantes de una hora y no le agrada escuchar crudezas, semejante á los pecadores hipócritas que tienen la castidad en los oídos.

De modo que no pudiendo ver enteras las obras de algunos grandes poetas, tenemos que contentarnos con que alguien se encargue de extractarlas y modificarlas, dejando de ellas lo mejor; á lo menos lo que puedan tolerar nuestra escasa paciencia y nuestra mucha hipocresía. Esto ha hecho en Francia Pablo Meurice con *El sueño de una noche de verano* y con *Hamlet* y Julio Lacroix con *Mabel*; esto se iba de hacer Sellés con *Antonio y Cleopatra*. Para que puedas apreciarla te diré en qué ha consistido su labor.

En el hermoso y desordenado drama de Shakespeare hay una acción principalísima y otras supeditadas á ésta, que contribuyen á ella, pero entorpeciéndola y retrasándola. Lo principal es allí el amor de Antonio y Cleopatra; lo secundario la rivalidad política de los triunviros Lépido, Marco Antonio y César Octavio; la lucha de Marco Antonio y el hijo de Pompeyo; la muerte de Fulvia, primera esposa de Antonio; el pacto mediante el cual éste se casa con Octavia, hermana de César Octavio, y las disensiones y peleas que surgen cuando Antonio la repudia. Figúrate si el tropel de afectos que de todo esto se origina no ha de oscurecer la pasión de la reina de Egipto y el triunviro romano.

Salen en la obra original treinta y cuatro personajes y cambia treinta y ocho veces el lugar de la acción. Allí aparecen

palacio de Cleopatra en Alejandría, el de Octavio en Roma, la casa de Pompeyo en Misena, la de Lépido, el cabo Miseno, el palacio de Antonio en Atenas, el campamento de Octavio en Egipto, el promontorio de Accio, Siria, un campo de batalla, un barranco entre dos campamentos... en fin, medio mundo antiguo; y cortando esta variadísima exposición de magníficas vistas, va reapareciendo de cuando en cuando el palacio de Cleopatra en Alejandría, que es donde pasa la acción principal. Pues bien, conservar el desarrollo de ésta con admirable claridad al través de aquel laberinto, ha sido la labor de Sellés. Lo esencial del drama es el amor de Antonio y Cleopatra: pues allí lo tiene el público en toda su espantable grandeza, con los mismos caracteres, rasgos y conceptos que le dió Shakespeare. El original es un magnífico aderezo de brillantes medio sepultados en una montura de oro finísimo, pero demasiado pesada para el gusto moderno. Sellés, con la misma pedrería, ha compuesto una joya que vale lo mismo, brilla más y pesa menos. ¿Qué ha hecho? A nadie le importa, pero yo creo que habrá empleado las buenas traducciones al francés de Montegut, de Guizot y la del hijo de Víctor Hugo, que es la más completa, y la del Sr. Macpherson al castellano, que dicen es fidelísima. El resultado es que sabemos, como imaginó Shakespeare, que se amaron Antonio y Cleopatra.

El gran poeta inglés convirtió en drama algunas páginas de Plutarco: en la vida de Antonio halló casi hecha la obra teatral. La historia le dió el asunto; él puso la forma; en ésta

como en todas las grandes obras del ingenio humano, se unieron hasta confundirse la realidad y el arte. Necio será quien trate de averiguar ahora dónde acaba la historia y dónde comienza el encanto de la poesía.

Pero, ó yo soy tonta de capirote, lo cual nada tendría de extraño, ó en este drama hay que considerar dos cosas: lo externo y lo interno, la acción y lo que puede tomarse por símbolo (No creas que hay en esto pedantería: el arte entero es puro símbolo.) La acción está al parecer limitada, y por eso es vulgar y pobre, á mostrar como un ambicioso tras llegar á ser casi señor del mundo lo sacrifica y pierde todo por amor de una mujer, y que está aún siendo enamorada es tan altiva y dominadora que se mata cuando se persuade de que no podrá seducir al vencedor de su amante.

Antonio no es mozo inexperto como han creído algunos espectadores: tenía cerca de sesenta años cuando se supone la acción de la tragedia, había llegado á la plenitud del poder, debía ser amo absoluto de su razón; y juicio, poderío, grandeza y honra, todo lo dejó en el regazo de aquella mujer que

fuese ó no hermosa, porque en esto no están conformes los autores, era astuta, cautelosa, cruel y dominadora pero apasionada, lasciva, mimosa; encarnación perfecta de todo lo dulce, mente tentador y deleitosamente malo que puede avivar en el hombre la lujuria senil haciéndole creer que es posible perpetuar el amor.

Para subir al trono comete un fratricidio, su cuerpo para de unos amantes á otros como su alma de unas á otras bajezas, su cetro está pegajoso de sangre y su boca henchida de sober-

bía: Antonio lo conoce, lo sabe, lo vé y sin embargo es dominado y vencido de ella, y por ella huye del trabajo, del poder, de la gloria, hasta de la vida: pues no creés que se mata al verse derrotado sino al creer que ella ha muerto. ¿Le ha querido Cleopatra? Imposible es negarlo ni afirmar lo. Sus palabras están impregnadas de amor: sus acciones son de abominable falsedad: entrega el cuerpo con lascivia y se reserva el alma serena y fría para procurar su medio y su grandeza. Es el símbolo perfecto, aterrador, del imperio que puede llegar á ejercer en el corazón la parte de animalidad que hay en el hombre. No busques en Cleopatra la dulce y legítima voluptuosidad de la enamorada que se deleita en ofrecerse y ser poseída: la reina gitana se dá para triunfar; parece uno de esos bebedizos que casi antes de producir el placer que prometieron traen de la mano á la muerte. Y lo que muere en Antonio, en el hombre, es la gloria, el poder, la honra. Lo único bueno que hace es matarse y cuando cae es ya menos grande que aquel



EUGENIO SELLES

liberto suyo que se quita la vida por no cumplir la promesa de abreviarle la suya.

No acabaríamos nunca si quisiéramos estudiar las figuras de Marco Antonio y de Cleopatra. Las abuelas de ésta debieron de ser aquellas mátricas insaciables de qué habla la Escritura Sagrada.

Ya ves, amiga mía, que el tipo aunque vulgar es eterno: como existió la Cleopatra de las grandes ambiciones, hay en la vida moderna á cada paso Cleopatras de ambiciones mezquinas en los palacios ricos, en los hogares pobres y hasta en los burdeles y las calles. Es el espíritu del mal en la forma que puede causar más daño, porque da más gusto, hecho hembra para perder al varón fuerte. Su papel es el mismo que corresponde en las doctrinas católicas á la tentación de la Carne, compañera del Mundo y del Demonio, enemigos del alma. La Cleopatra de Shakespeare hace pensar en todo esto, de suerte que aún pareciendo enamorada se hace odiosa.

Sellés ha conservado este tipo artísticamente hermoso y moralmente abominable en toda su grandiosa impureza.

Prescindiendo de media docena de palabras, unas que desdican del momento en que se pronuncian y otras que fugazmente chocan con el diálogo de carácter antiguo, el drama está hablado de modo que causa maravilla, sobre todo á quien sabe el trabajo que cuesta intentar escribir en buen castellano. Ya en su sitio primitivo, ya en lugar donde lucen más allí están los mejores pensamientos de Shakespeare contruidos con tan clara y noble serenidad que no parece sino que han nacido en castellano del siglo de oro. Tal me parece el trabajo de Sellés. Ha trasplantado á la literatura española un drama que no era popular en ella, dando á sus figuras la misma vida que tuvieran si hubiesen surgido espontáneamente en nuestro teatro antiguo.

¿Crees, amiga mía, que exagero? Vé á oír la obra y me dirás si el amor, la ira, la soberbia y la voluptuosidad pueden expresarse en frases más lindas, y mejor contruidas, sin que la construcción ni el giro roben á la poesía su encanto. Cierto que sobra algo de retórica—porque Shakespeare abusaba de ella, como nuestros grandes autores del siglo XVII pero es tan dichas las cosas de un modo que subyuga.

Y ahora, hija mía, no quiero ocultarte que el público no pareció darse cuenta de la grandeza de lo que estaba oyendo. Con razón le han puesto verde los periódicos.

La explicación de esto es muy sencilla. Las noches de estreno la mayoría de la concurrencia está compuesta de señoras y señoritas; y ya sabes como somos ó mejor dicho como nos obligan á ser los pícaros hombres, hacendosas, sufridas, amantísimas, las hay hasta económicas y calladas, todas buenas cristianas: nos predestinan para ser, según puedan nuestros padres, gela de un palacio ó sacerdotisa de un fogón, pero cuántos nos dejan ignorar! De literatura no sabemos sino que las obras se dividen en dos clases: las que puede y las que no puede leer una señorita... y nada más. Estas costumbres, dentro de las cuales no hay para nosotras más porvenir decoroso que el matrimonio, porque el trabajo, dígame lo que se quiera, sólo enoblece en los libros y en la conciencia de los justos, son costumbres que privan á la mujer del conocimiento de cuanto hace falta para gozar artísticamente. Parece que los hombres quieren que no perdamos sensibilidad para poder ellos agotar toda la de que somos capaces.

¿Qué sabemos de Marco Antonio y Cleopatra, ni de otros amantes históricos?

Además, aquellas mismas costumbres vedan que podamos en el teatro dar ninguna señal de agrado, y en cambio no nos prohíben reír de lo que no entendemos: de suerte que para contribuir al buen éxito no servimos, y para agravar el fracaso tenemos facilidad.

Todos los cómicos que han representado la obra merecen elogio por lo difícil que es acomodarse de pronto á un género que está en desuso; yo, siendo el propósito de estas cartas considerar las cosas desde el punto de vista femenino, sólo te hablaré de María Guerrero, la actriz que ha hecho el papel de Cleopatra.

En primer lugar se ha vestido juntamente con muy buen gusto y gran respeto á la historia: en alguno de sus trages y tocados semeja figura arrancada de un libro de Máspero. Con la tez cobriza, casi roja, ceñida de brillantes telas y coronada con centenares de piedras preciosas, parece una princesa fantástica despertada de su sueño de muerte y vuelta á la vida por arte de magia para recreo de los ojos.

En expresar el carácter é índole del personaje me ha parecido excelente; y te explicaré mi opinión.

Hay quien imagina, y yo respeto tal modo de pensar, aunque lo creo equivocado, que la interpretación de esta clase de obras exige lo que antaño se llamaba ademán y tono trágico: es decir, hablar despacio y solemne, voz ensombrecida y campanuda, andar lento, actitudes majestuosas, mirar torvo, propensión á horrorizarse y sobre todo inalterable dignidad; en fin un algo enfático, ceremonioso y frío que con relación al arte escénico sea lo que es el academismo á la pintura. ¿No has oído hablar de posturas académicas? pues eso. Hay quien se hace la ilusión de que griegos y romanos para mayor decoro no se movían ni hablaban ni hacían nada con naturalidad. ¿Crees tú que Trajano ó Marco Aurelio se pondrían foscos para pedir el desayuno, ó que en la intimidad del hogar no sería la severa Cornelia dulce y cariñosa con los Gracos? A esa falta de naturalidad llaman los franceses *poncif*; en castellano no hay palabra con que expresarlo: es el aspecto ridículo de la prosopopeya.

María Guerrero, sin mermar la terrible grandeza de Cleopatra, le ha conservado la vehemencia impetuosa que le atribuyó Shakespeare. Su semblante ha ido reflejando momento á momento, como un espejo, el origen ó la intención de sus palabras. ¿Has visto retratarse á veces en una pequeña fuente cilla el conjunto de nubes de distintas formas y tonos que vagan por el cielo? Pues eso. Su fisonomía antes que sus frases te daba idea de lo que conmovía el alma de la impura reina. Las inflexiones de su voz, ya dulce, ya terrible, ya fría, hacían que alternativamente apareciese amante, furiosa ó despreciativa: ira, voluptuosidad, soberbia, argucias del amor fingido y arranques de pasión verdadera, miedo á morir y terror de ser llevada en triunfo como una miserable esclava, cuanto Shakespeare puso en ella y Sellés ha piadosamente conservado, todo ha sabido María hacerlo redivivo, creando un tipo de mujer extraordinario y complejo que infunde admiración y terror. Te aseguro que verla y escucharla causa una emoción artística muy honda: es percibir el espíritu del gran poeta inglés por boca de quien lo ha comprendido en toda su brutal grandeza.

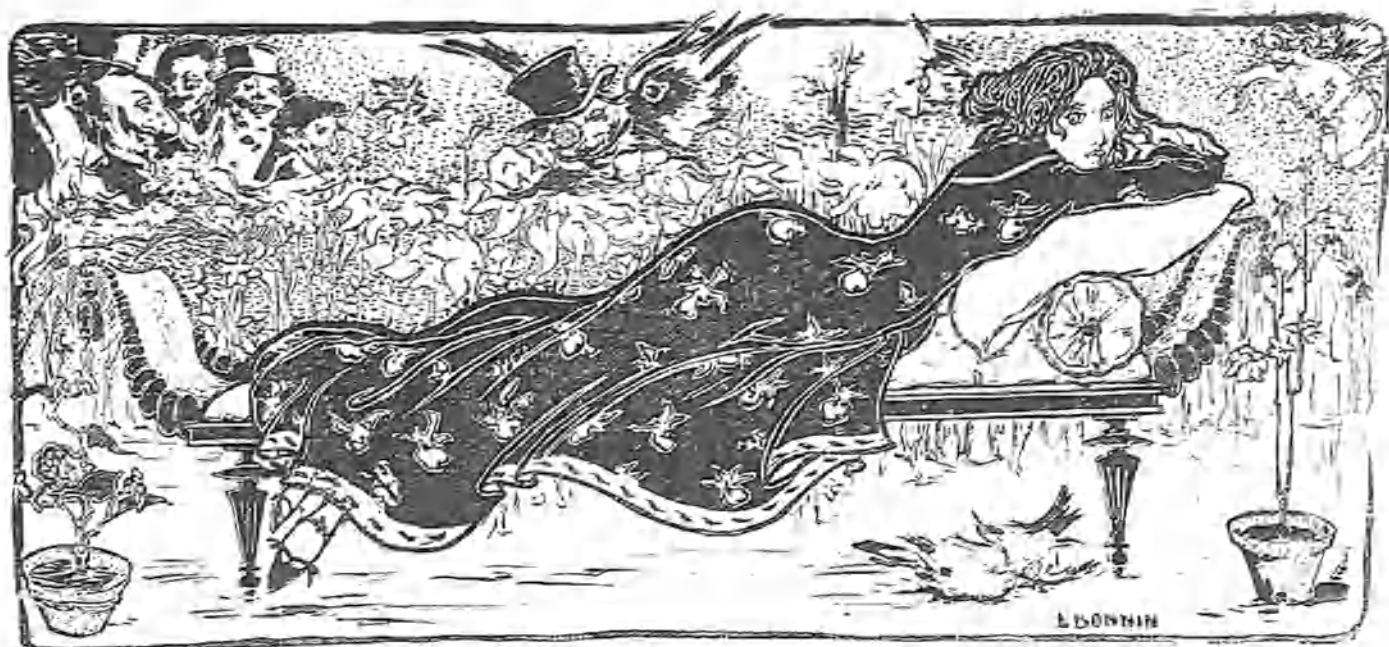
Una obra de Shakespeare sabiamente trasplantada al español y una artista capaz de hacérsela saborear... Pasará mucho tiempo sin que veamos cosa parecida.

Adios. Tu amiga que te quiere.—Ana Grama.

Por la copia

JACINTO OCTAVIO PICÓN





CLEOPATRA

Por considerarla de oportunidad, ofrecemos a nuestros lectores la traducción de una interesante conferencia dada en uno de los más célebres *Ladies clubs* de Londres, por la distinguida escritora inglesa *Miss Foolish*, con motivo de la representación de *Antonio y Cleopatra* por la famosa *Miss Langtry*; hermosa de profesión y actriz de circunstancias. Dicha conferencia forma parte de una serie: *Enamoradas célebres*, y es sin disputa una de las más notables. Dejemos la palabra á la conferenciante.

«Amigas mías y hermanas en Eva: La historia, la leyenda y la poesía, inspirándose unas en otras mutuamente, han calumniado á *Cleopatra*, como han calumniado por igual á todas las mujeres superiores. Nosotras estamos llamadas á rehacer la historia, patrimonio exclusivo de nuestro mortal enemigo y difamador, el hombre. El hombre ha procurado siempre deshonrar á la mujer ante la humanidad y ante la historia; protestemos todas como una sola mujer, y el libro, la cátedra, la palabra, la pluma, el pincel, cuantos instrumentos ha empleado el hombre en contra nuestra, vuélvanse contra él para confundirle.

Cleopatra fué mujer ante la Humanidad y fué reina de Egipto, ante la Historia. Vosotras sois mujeres como ella, pero no sois reinas; podéis juzgarla como mujer pero no como reina; vuestro juicio por lo tanto no tiene valor alguno. ¿Qué diremos entonces del juicio de los hombres que no pueden juzgarla como mujer ni como reina, porque nunca lo fueron? (*Sensación y aplausos.*)

Colocad á una mujer frente á un hombre; colocaos cualquiera de vosotras. Bien sabéis cual sería vuestra conducta. Colocad á una mujer, colocaos vosotras, frente á un pueblo. ¿Podrías responder de vuestros actos?

¿Pensáis que Tolomeo, pensáis que César, calvo y afeminado como nos lo pinta la historia; creéis que Pompeyo y el mismo Antonio pudieran interesar á Cleopatra en cuanto hombres?

¿Qué pudo ver en ellos que no viera en algún egipcio de buena familia, ó en algún ilustre Coburgo de aquellos tiempos, con quien hubiera compartido, honesta y tranquila, el trono y el islamo, celebrando dichosa una serie de jubileos de su reinado?

Pero los tiempos eran otros. Entonces no había parlamentos que gobernarán á los pueblos, y las reinas no podían consagrarse, como ahora, á la familia. Entonces tampoco había *Banco de Londres*, ni una república hospitalaria, para retiro de reyes destronados. Había que defender el trono como la vida misma, y ante las continuas amenazas de Roma, ¿qué podía hacer una reina en aquellos tiempos?

Cleopatra no disponía de hábiles ministros de Estado, que pudieran conseguir para ella y para su pueblo una decorosa autonomía. Ella sola tenía que atender á todo, sin contar para nada con la vía diplomática. Sin el lecho de Cleopatra, no río de sangre hubiera corrido por el lecho del Nilo; gracias á ella no llegó nunca la sangre al Nilo (según frase del pretor Celsus Lucius); por eso los sacerdotes las bendecían cuando (1) *she was riggish*, como dice Shakespeare.

Decidme ahora qué ministro de Estado, en los actuales tiempos, ha conseguido otro tanto, apesar de sus buenas disposiciones.

Comparemos ahora su conducta regia y magnánima con la de los grandes hombres, enviados contra ella. Cleopatra, sin más esfuerzo que su debilidad femenil, sabía rendirlos á su antojo. Ellos, ambiciosos, conquistadores, comprometían por una sonrisa de Cleopatra la suerte del Imperio romano, su fortuna política y la vida de sus legiones.

¿Cómo compadecer á Pompeyo si perdió la cabeza por Cleopatra? ¿Cómo no burlarnos de César y cómo no admirar á Cleopatra, que no solo no perdió un solo

(1) Intraducible.

hombre en guerra contra los romanos, sino que aumentó á costa de ellos el número de sus vasallos, dando ejemplo ella misma á las mujeres egipcias?

¿Y qué diremos de ese pobre Antonio, ese *Boulanger* de la antigüedad?

Sólo Octavio supo resistir á los encantos de Cleopatra; sólo él pudo subyugar á la infeliz reina, que antes de verse paseada por las calles de Roma, como trofeo glorioso del César invencible, prefirió el beso

mortal del áspid. No os admire si Cleopatra fué vencida al cabo, no lamentéis como derrota de nuestro sexo el que Octavio triunfara de ella. Leed la Historia de Roma, leed á los modernos psicólogos: Octavio tenía cerebro de mujer. He dicho.

Por la traducción,

JACINTO BENAVENTE.

PALIQUE

La señora Pardo Bazán ha escrito un artículo negando, en resumidas cuentas, la existencia de los gazapos. *Lexicológicamente* no hay gazapos, porque la Academia habla en su diccionario de muchas clases de gazapos, y el literario no lo nombra.

La Academia no tiene gazapo.

Luego no los hay....

¡Hay tantas cosas que no tiene la Academia!

Antiguamente la Academia no tenía, según Domínguez, una cosa que tiene la *bas bleu* más vulgar, sin ser académica.

No se consuele, pues, doña Emilia. Existen los gazapos, los de ella inclusive, diga lo que quiera el diccionario.

¿No dice la Academia que el gazapo es conejo nuevo? Pues ahí tiene usted el gazapo literario. Todo el monte es gazapos; verá doña Emilia:

Doña Emilia Pardo escribe un *estudio* de Eduardo Rod, y dice:

«Los sentidos, las imágenes son cosas que desconoce.»

Eduardo Rod no conoce los sentidos!

Ni siquiera el sentido común!

Pues mire usted; si lee algo de usted, que lo dudo, ¿á que la huele enseguida?

Ahí tiene usted un gazapo, un conejo nuevo. Quiso usted decir otra cosa, y dijo que Rod no conocía los sentidos.

* *

Este es conejo *viejo*, pero gazapo también.

Dice Manuel del Palacio hablando de un bronce en que está él *eternizado*:

«Cuando la *edad* varcome
la fecha allí esculpida
y rastro no se encuentre
de nombre y de nación,
¿quién sabe si de Roma
la supondrán traída
jugándola trasunto
de Esquines ó Catón?»

Como se ve, Palacio cree que Esquines era romano. No, hombre, no; ¡griego! ¡griego!

Y D. Manuel es de la Academia Española. Y si se examinara de segundo año del Instituto tendría que salir suspenso.

¿Qué importa que el diccionario de Palacio no tenga

gazapos si los tiene él tan gordos? Un académico que cree que el rival de Demóstenes era romano ¿no es un gazapo viviente?

* *

Hay conejos nuevos.... hasta de mar. Oiga usted:

El Mundo Naval Ilustrado es un periódico que se publica con mucho lujo y menos gramática.

Escribe un señor Concas: «Aunque la empresa no es de construcción, sin embargo, la importancia de los talleres le permite afrontar construcciones de alguna entidad.»

Ni construir cosas es afrontarlas, ni entidad es lo que Concas se figura. Decir que un barco de bastantes toneladas es de *alguna entidad*, es hablar como un Mr. Jourdain de navío.

Y sigue Concas: «El dique de la Habana... ha tenido una avería... sin que por ello haya sufrido ni sufra nada dicho dique.»

Sufrir no; claro; porque los diques no sufren. Pero si los diques sufrieran ¿cómo no habrían de sufrir teniendo averías? (Por supuesto, todo esto, suponiendo que *sufrir* significara lo que Concas da á entender.)

Y sigue Concas: «Parte de la ataca al Ministro....» — ¿La ataca? — Será un término técnico. — Respetémosle. Conejo técnico de agua.

* *

Y basta por hoy de gazapos. Pero ya ve la señora Pardo como en el mundo hay más cosas de las que ve la Academia, que tiene los ojos llenos de vigas.

* *

Para la vacante que dejó el Sr. Cánovas en la Academia de Bellas Artes, se nombra... ¡naturalmente! á un exministro de Hacienda, al Sr. Amós Salvador.

Más lógico será que cuando vaque la cartera de Hacienda se la den á un Sorolla ó á un Pradilla.

Porque la Hacienda española... ¡como no la pinten...! Pero este Amós Salvador resulta un Leonardo de Vinci.

También le han hecho presidente del Círculo de Bellas Artes.

Está visto: es un poético que sabe pintarla.

CLARIN

CLEOPATRA. Notas al vuelo, por Moya.



—Marco Antonio se levantó muy temprano aquel día y sin vestirse apenas, tan solo con la toga de dormir, que era blanca ribeteada de trencilla roja, se bajó al patio de la casa á echar un párrafo con Cleopatra. Rodeaban á ésta sus esclavas y unos deshollinadores en abanicos de cartón. En cuanto llega Antonio, la servidumbre se aleja discretamente para que el triunviro pueda enseñar á su esposa Cleo un cablegrama de Roma para asistir á los funerales de su esposa, y Cleo se queda muy triste y alurrída en la *chaise longue* cubierta de pieles de guanaco, que hacen sudar la gota gorda. No bastan á refrescarla, ni el aire de los abanicos de cartón, ni un tanguito que empiezan á tocar en el piano entre bastidores.



El calor, la ausencia de Antonio y la música, la irritan de tal manera que para calmar sus nervios le pega una paliza á un esclavo, tan solo porque éste anuncia que Antonio se ha casado en Roma con Octavia, hermana de Octavio, el inventor de la *paz octaviana*. El esclavo tranquiliza á Cleo enseñándole un retrato de Octavia. La reina de Egipto se alegra mucho de saber que su rival es patizamba y más baja de estatura que ella. Antonio ha regresado á Egipto porque le atolondran las grandezas del Capitolio y ya lo tenemos sentado otra vez con su adorada Cleo, en la *chaise longue* de las meditaciones. Se ha divorciado de Octavia y viene enamorado de Cleo, á quien entrega su *gladium* en señal de matrimonio.



Octavio corre á Egipto á vengar el agravio inferido á su hermanita. Encuentra en Aecio á Marco Antonio y le da la primer paliza. De nada sirven los gritos de Donato Jiménez que manda la gruesa artillería de Antonio. La derrota es completa y Antonio vencido y perseguido no hace otra cosa que pisarse el manto.—Por entre bastidores sorprende á un enviado de Octavio besuqueando á Cleo.—Los celos estallan en el pecho del gran romano y resuelve hacer una que sea sonada. Cleo le explica lo ocurrido con el enviado de Octavio. Ha sido simplemente un beso sin importancia; un inocente *firt*. Lo mismo le hicieron César, Pompeyo, Lépido, Marco Antonio y cien más. Antonio no atiende las súplicas de la reina, y hacerle rezar el credo, se va á la esquina de un bastidor, allí apoya el *gladium* y ¡zas! cae muerto Eros. Antonio comprende que ha perdido la fuerza moral; se acerca á un bastidor, allí apoya el *gladium* y ¡zas! cae muerto Antonio.—Los romanos se mataban así, arrojados á una pared, como si fuesen á faltar á las ordenanzas municipales y caían muertos. Donato contempla el cadáver de Marco Antonio y reflexiona.



Cleo se ha retirado al panteón de los Tolomeos donde llora la muerte de Antonio. Una pareja de romanos de la Guardia civil custodian a la reina. Esta resuelve matarse y encarga para ello un aspid que le envían entre unos pepinos magníficos de las huertas del Nilo. Las esclavas de Cleo la visten el traje colorado, la ponen el manto real, la corona alada y las joyas de las grandes solemnidades.



Cleo se recuesta en la *chaise longue* de las meditaciones; se aplica el aspid, —¡Lagarto! ¡Lagarto!— y no cae muerta porque se había acostado. Pero se muere de veras aterrizando previamente a los dos guardias civiles que no saben cómo justificarán su conducta ante el coronel Morera.

LA SORPRESA

Un vendedor ambulante
en la calle de Carretas
el otro día gritaba:
¡A diez céntimos sorpresas!
¡Sorpresas a *perro grande!*
Pasó por allí una vieja
y como mujer, curiosa,
compró una caja de aquellas.
Esperaba la mujer
hallar algo que valiera,
más ¡ay! que con gran asombro
al abrir la caja aquella

notó... que esta vaeía
Protestó entonces la vieja
diciendo que era un engaño
que allí no había sorpresa;
y el vendedor, que era listo,
dió la siguiente respuesta:
—¿No le ha sorprendido á V.
notar que no hay nada en ella
esperando encontrar algo?
¡Pues ahí está *la sorpresa!*
FELIPE LÓPEZ COLMENAR.

CANTARES

I

A la rosa que me distes,
morena del alma mía,
se la secaron las hojas
y aún le quedan las espigas

II

¡Arroyo limpio y sereno,
que vas corriendo hácia el mar;
aunque son dulces tus aguas,
amargas se volverán!

III

No irá, cual todos, mi cuerpo
ante Dios el día del Juicio,
¡pués mi alma se marcha al tuyo,
en vez de volverse al mío!

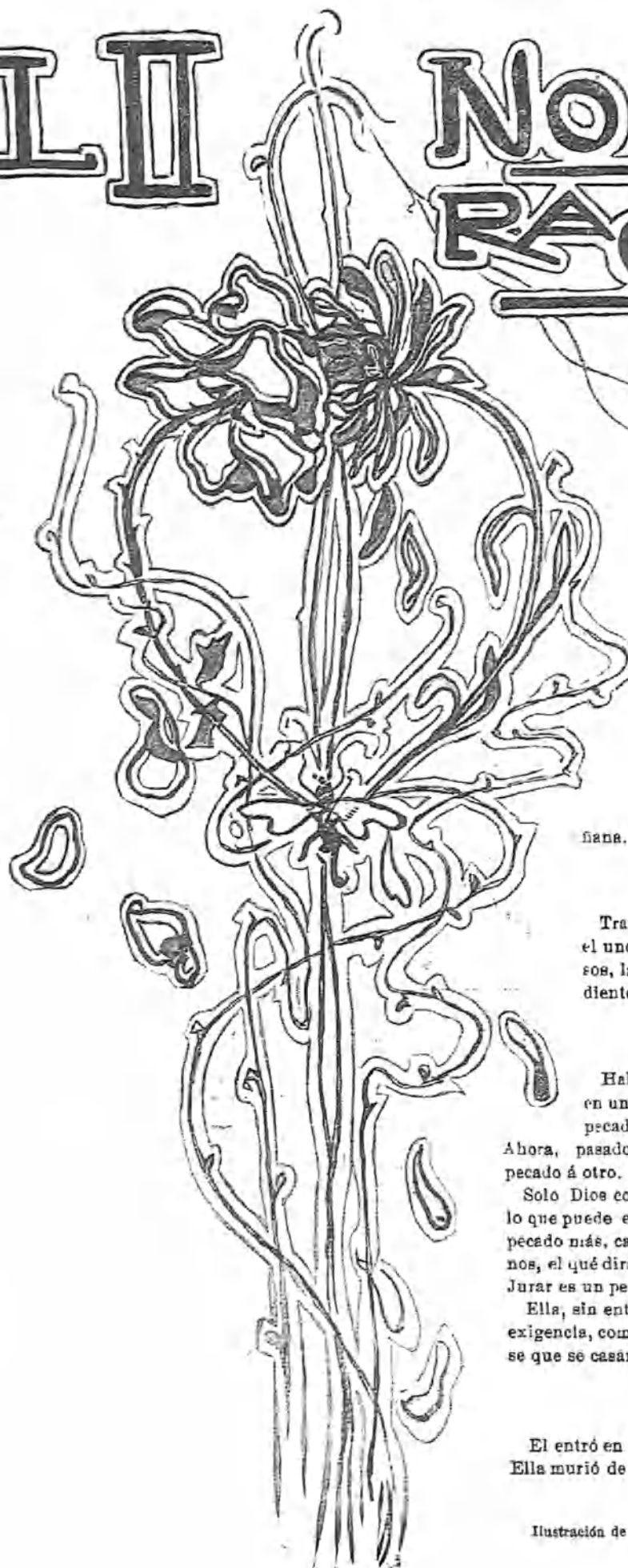
IV

Soy tan pobre, niña mía,
que para mirarme el rostro,
no tendré nunca otro espejo
que el espejo de tus ojos.

MANUEL DE SANDOVAL.

EL II

No Juras



Fué un arrebató, una exaltación nerviosa, un aniquilamiento de voluntad, la sangre toda *subiendo* á los labios en un beso y emborrachándola; una desgracia. Ahora la lloraba, se arrepentía, sentía remordimientos, se avergonzaba como si los hubiesen visto; el recuerdo de su voz le resonaba dentro de la cabeza, cual si fuese un martillo y el cerebro el yunque.

Se sentía enferma, el cuerpo tundido, como apaleado, relucientes las mejillas, las manos heladas, los labios morados, hundidos los ojos y llenos de lágrimas, palpitante el corazón, cuyos latidos se le subían hasta la garganta, ahogándola.

El también lloraba, los ojos empañados, fija en el lecho la mirada, la frente sudorosa, la boca seca.

Mudos, cobarde, sin atreverse á mover, el pensamiento les inficionaba el alma. Ella pensaba en mañana. El pensaba en Dios.

* *

Transcurrido mucho tiempo, quizá un minuto, se alejaron el uno del otro, mirándose á hurtadillas; quebrantados los huesos, la cabeza atolondrada, lánguido el rostro, reclinando los dientes, desbocados los pulcos.

* *

Había sido un pecado cometido en un momento de desvarío, en un instante que el diablo les robó el juicio; había sido un pecado nacido de la carne abrasada por la sangre hirviente. Ahora, pasado aquel arrebató, no podía, á sangre fría añadir un pecado á otro. No podía jurar lo que ella le pedía, no podía jurar.

Solo Dios conoce el destino de las criaturas y comprométese á hacer lo que puede entra en sus designios, es orgullo, vanidad humana, un pecado más, cargar de leña nueva el infierno, todo por prejuicios humanos, el qué dirán, la honra, de que ella hablaba llorando la pérdida. Jurar es un pecado, cuando no es Dios el que pide el juramento.

Ella, sin entenderlo, le interrumpía á cada paso siempre con la misma exigencia, como enfadosa cantinela, como obsesión de loco; que le jurase que se casaría con ella, nada más.

* *

El entró en el Seminario para no salir hasta después de cantar misa. Ella murió de un mal extraño que los médicos no entendieron.

Enrique de Fuentes.



—Cómo anda tu pleito? Crees ganarlo pronto?
—A juzgar por lo que se ve, tengo la seguridad: mi procurador se está haciendo un hotel.

IDEALES POLITICOS

Era un círculo político compuesto de importantísimas personalidades de la derecha. Allí todos eran ortodoxos, menos yo, curioso indiferente, que por casualidad asistía aquella noche.

El calor asfixiante, cunco de tormenta, mantenía los espíritus en tensión cercana al estallido, y en el angosto salón de sesiones se apiñaban, como informe masa de carne cocida, más de cuatrocientos hombres que, de puntillas y jadeantes, buscaban con embrutecidos ojos la mesa del estrado.

Aquella sesión tenía inusitada importancia. Acababa el gobierno de declarar autónomas a las colonias, y se reunía la derecha para discutir si acataría ó no, cuando fue llamada al poder, aquella trascendental reforma.

Como todos eran de la familia, se trataba la cuestión en confianza, prescindiendo de los convencionalismos y reservas que los políticos suelen imponerse al tratar graves problemas.

El presidente, un venerable molusco, abrió su concha por primera vez en aquella casa, y presentaba la cuestión con grosera desnudez, sin contemplaciones ni respetos. «—Preferible hubiera sido la dominación por el triunfo de las armas... pero había que vivir en la realidad.» «—La continuación de la guerra nos conduciría á la ruina.» «—Si la autonomía era la paz, ellos no tendrían más remedio que aceptarla cuando fuesen llamados al gobierno.» Y el conspicuo prócer decía todo esto en tono quejumbroso, entrecortado por hondos suspiros, y adaptando el semblante á las circunstancias.

Después de él hablaban otros eximios varones, expresando iguales sentimientos, aunque variando la forma en que los exponían, conforme á los temperamentos respectivos: quién, acaudalado rentista, temblaba por la suspensión de pagos; tal honradísimo almacenerista de cereales pintaba con vivos colores la *descarnada miseria extendiendo sus alas de buitre*, y hubo rico propietario, antes explotador de agencias de substitutos, que derramó lágrimas, recordando las penalidades del

soldado en la campaña cruenta. En resumen: había que aceptar la terminación de la guerra, de cualquier modo que fuese.

Yo, completamente extraño á aquella reunión, presenciaba, con más amargura que cólera, tanta apostasía y tanta indignidad. —¿Es posible, pensaba, que entre todos estos hombres no haya uno con valor bastante para defender los fueros del honor?

De repente, un hombrecillo canoso y de pocas chichas que se hallaba no lejos de mí, un político de segundo orden, rompiendo los rutinarios deberes de disciplina, irguióse con enérgico ademán, lanzó á la concurrencia una mirada de soberano desprecio, y gritó con voz descompuesta: —¡Pido la palabra!

El asombro dominó en la sala, y el hombrecillo se abrió camino hasta llegar á la tribuna.

Con acento viril, algo tembloroso por la ira, hizo una hermosa oración llena de vida y entusiasmo.

Como contraste de los anteriores discursos de vergonzosa abdicación, pálidos y fríos, el suyo fué una apología brillante de la patria y del honor. En su palabra ondeaba gallardamente la bandera española; alegraban el aire los patrios himnos de victoria, conduciendo á nuestras legiones, pródigas de sangre y oro á través de los inmensos bosques conquistados por nuestro heroísmo; y el mundo entero, atónito de admiración, escribía la página más brillante de la Historia de España. Después el hombrecillo fulminó el anatema; dispersó, como lluvia de fuego, vergonzosos apóstrofes sobre aquellos egoístas sin honor y sin fé; y los amenazó con abandonarlos para unirse á otros hombres dignos hijos de esta patria imperecedera...

Los ilustres *prácticos* que constituían el auditorio, sintieron... ¡claro que vergüenza no! pero sí anonadamiento ante la hermosa y resuelta actitud del tribuno. A medida que éste hablaba, ellos se sentían desfallecer como si cada frase fuese una sangría; de modo, que cuando terminó el discurso maravilloso, parecía la sala un hospital de moribundos.

Entonces el orador abandonó el puesto, limpióse el sudor que empapaba su rostro encendido, miró á la asamblea satisfecho y orgulloso, y salió de allí sin cuidarse de la reacción que forzosamente se operaría en aquellos cuerpos voraces.

Yo había seguido en estática contemplación al hombre que de modo tan sublime había dado expresión á mis ideas, y que ya tenía á mis ojos una grandeza incomparable.

Sali tras él, aguijado por un vehemente deseo de manifestarle mi admiración, y pude darle alcance cuando salía de la casa. En aquel momento, uno de los más felices de mi vida, le dije, descubriéndome respetuosamente:

—Acabo de oírle á usted hablar y quisiera dar la mano al hombre digno en cuyos labios ha estado mi alma durante una hora.

—Con mucho gusto —contestó— pero no merezco honra tan grande. He hecho lo que debía y nada más.

—Es verdad —repliqué— pero son tan pocos los que hacen lo que deben! Ya oyó usted á los demás; hay que aceptar la autonomía porque les conviene; y al honor que le parta un rayo.

—Conozco el problema cubano muy bien —dijo estrechándome la mano,— y defenderé siempre la guerra como solución, porque la creo conveniente. Yo he vivido muchos años en Cuba, tengo casa...

—¡Ah! ¿Tiene usted allí casa? —pregunté con curiosidad.

Y él, clavando en mí sus ojos vivos y penetrantes, sonrió maliciosamente y exclamó con la mayor naturalidad del mundo:

—Sí, señor; y soy contradista de viveres, á Dios gracias.

CHISMES Y CUENTOS

Sr. Director del Madrid Cómic.

Muy estimado señor mío: Hace tiempo vengo notando que en la sección de *Chismes y cuentos* de su periódico, reaplandecen la imparcialidad y la independencia de juicio, independencia que ha llegado á veces hasta el punto de ponerse en contradicción abierta con los trabajos de redacción insertos en la publicación misma.

He visto con gusto que, á pesar de los cambios de dirección y de empresa, se sigue tan saludable costumbre y á ella apelo para defenderme.

¿De qué?

De la lluvia de denuestos, injurias, maldiciones y palabras despectivas que ha caído sobre mí y sobre mis compañeros de abono, con motivo del estreno de la tragedia *Cleopatra* en el teatro Español.

En la mayor parte de los periódicos, de los que yo he leído al menos, críticos altos y bajos, afirmados y desconocidos, de todas castas y colores, se han hartado de llamarnos sándicos, imbéciles, estúpidos, ignorantes, frívolos, descorteses y merecedores de albardas...

No se asuste usted. No voy á juzgar á Shakespeare, porque sería ridícula pretensión y no tengo alientos para ello, ni voy á criticar á Sellés, cuya labor me parece meritísima en este caso y cuya justa fama no ha merecido poco ni mucho por aquel fracaso memorable.

Dejo, pues, á un lado ambos nombres y entro en materia.

Sí, señor, yo soy de los que se rieron en los pasajes culminantes de la tragedia.

Y de los que siguen riéndose todavía de los infelices revisteros, sin criterio propio, que han procurado tapar con el respeto al gran dramaturgo inglés y al insignie escritor español, los boquetes de su propia ignorancia.

Y voy á probar á usted y á ellos que no me reí por no entender lo que veía, como pretenden demostrar para echarme el muerto, sino por... y perdone usted la inmodestia, por entenderlo demasiado.

Mire usted, señor Director; yo tengo para mí que para calzarse el coturno, hacen falta tres cosas:

- 1.ª Tener coturno.
- 2.ª Tenerle hecho á la medida del pie.
- 3.ª Saber calzárselo.

Pues bien, la apreciable compañía del Teatro Español tenía aquella noche coturno, pero la tassa grande, y para remate de fiesta no sabía ponérselo.

Porque para atreverse á empresas de tal magnitud, necesitaban todos, grandes y pequeños, una preparación lenta y hábilmente dirigida, el conocimiento profundo de la época, el estudio detenido de los caracteres y de las costumbres, de la arquitectura y de la indumentaria.

De ese modo la actriz encargada de papel principal no hubiera desahogado contra su voluntad, bajo el régio manto y la túnica recamada de oro, á la damivela nerviosilla y caequiyana de nuestros días, mímica y sensual á su manera, irritándose contra la criada que rompe un plato, y procurando dominar con remilgos y carantoñas de costurera sensible al objeto de sus amores. La reina de

Egipto no podía ser así. Era voluble con su cuenta y razón, con una voluptuosidad soberana, sirena engañadora de conquistadores del mundo, majestuosas hasta en los arrebatos de cólera, espléndida y magnífica como ningún soberano de Oriente.

No se comprenda que, acabando de beber en copa de oro perlas disueltas en vino de Chipre aparecía en escena con media docena de esclavas pobremente vestidas, dos comparsas teñidos de ocre y un par de negritos con abalcos de tela pintada, sino con una esplendidez fastuosa, rodeada de guerreros con trajes brillantes, de cortesanas, de sacerdotas, de esclavos, de cantores y de músicos.

Diga usted francamente si aquel espectáculo destinado y ruin de alguna vez la más remota idea de aquella corte esplendorosa, y el semejante reina, con aquellos aduaneros y aquel continente vulgarismo es capaz de dar á los soberbios guerreros acolumbrados á sujetar á sus carros triunfales, con argollas de oro, á las mujeres más hermosas de la tierra.

De haber dedicado al asunto la atención que merecía, el actor encargado de interpretar el papel de Marco Antonio no hubiera salido jamás vestido como Jesús Nazareno, ni hubiera demostrado las distintas pasiones que le combatían plantándose en la escena y recitando todos sus parlamentos con un tonillo rítmico y monótono, dejando traslucir á cien leguas la indiferencia con que dejaba correr los acontecimientos y sin permitir adivinar por el sólo instante la sangre abrasada por el fuego maldito, ni los recios músculos atados con cadenas de flores, ni la atrevida romana adormecida, pero no muerta, por el veneno de la senectud asátiel-cona brutalmente...

No digamos nada de aquel mensajero de Octavio que más parece un esclavo realista redimido por la manumisión que otra cosa.

No se le comprenda sino apareciendo en un carro de guerra con alcañales vistosos, acompañado de la más florido de las vencedoras regiones, rebozando con su apusura soberbia á la república floreciente y avasalladora.

Añada usted á esto aquellas decoraciones viejas, hechas para otra cosa, fuera de sitio, deslucidas, que no reflejan el brillante sol africano; aquella falta de nobelias y acorofios, aquellos soldados romanos siempre tres y siempre los mismos aquellos trajes egipcios grises apagados, que parecen de percalina baratos cuando justamente la nota característica la constituyen los colores rabiosos, vivos, anilinos, excesivamente brillantes; aquella piel de guanaco acabada de traer de América y más propia para un coché abierto que para el camarín de Cleopatra... y diga usted si en tales condiciones y con semejante marco podía destacarse, palpitante y viva, la figura de ninjer más grande que han visto los siglos.

¿No le parece á usted que cuando la reina pide música para adormecer sus pensamientos, no basta que una comparsa empuje la lira, sino que debieran adelantarse cincuenta mujeres maravillosamente stavizadas, pulsando varios instrumentos cuspidos de pedrería?

Insisto en estos detalles porque la prensa, para hacer resaltar nuestra salvajismo, ha extremado las abundancias á la misa en scene y no ha faltado tortola cándorosa que se haya hecho lenguas de la propiedad y riqueza de la susodicha piel de guanaco.

Además, usted ~~no~~ demuestrado que en la tragedia son indispensables los endecasílabos. (y de esto si hay que culpar á Sellés, que podía haber se hecho esculturas y hermosos) que requiere en sus intérpretes continente reposado, posturas gallardas, entonación levantada y vigorosa y otra porción de cosas que se olvidaron completamente la noche del estreno.

De lo contrario, lo trágico degenera en bufo con facilidad lamentable, y por eso nos reímos aquella noche; pero nos reímos poco por respeto á Shakespeare y á Sellés, á quienes nos acusa todavía de haber ofendido.

Por desgracia, no creo que nos reímos solos.

A pesar de ser numeroso el abono de los viernes, no me negará usted que en noches como aquella forma la mayoría del público la aristocracia del talento, como ustedes dicen.

Allí estaba la plana mayor de la literatura, de las ciencias y de las artes: críticos, pintores, sabios, autores dramáticos, músicos, periodistas... lo más selecto y grandioso de la España intelectual. ¿Por qué no protestó de nuestro atrevimiento augando con estruendosas salvajes de aplausos nuestra hilaridad intertemporaria? ¿Por qué nos animó con su complacencia clara y manifiesta?

Más noble hubiera sido la lucha, y mejor hubiera sido eso que salir al día siguiente sacándonos á nosotros solos la ignorancia común, y... dando cargas brillantes contra el género chico.

¿Qué tiene que ver el género chico con las temporadas?

¿Es que las tragedias han de ser buenas forzadamente, solo por ser tragedias, y *La Verbena de la Palma*, y *La Revoltosa*, pongo por ejemplo, han de ser malas sin remedio, solo por ser sainetes?

Permítame usted que vuelva á reírme de esta clase de lógica.

Un distinguido escritor, dejándose también llevar por el corriente, ha publicado un salustioso artículo en que, para burlarse más y mejor de nosotros, supone que mientras se rechazaba la *Cleopatra* en el Español se aplaudía el *Otelo* en el representado en Novedades.

De ese modo sale de nuevo á relucir el contraste entre los señoritos de frac y los obreros de blusa; contraste que, gracias á Dios y en fuerza de abusar de él, va pasando de moda.

Pero falta saber dos cosas:

1.ª Si el *Otelo* no se aplaudiría también en el Español.

Y 2.ª Si la *Cleopatra* no se rechazaría igualmente en la plaza de la Celeda.

Dispénsame usted el atrevimiento, señor director, y agradeciéndole la atención, si la tiene, de publicar estas líneas, queda de usted afecto. S. S. Q. B. S. M.

UN ABOGADO GRAYAMENTE OFENDIDO.

RE SFRIDAD IS: tor, estartos, asma, bronquitis escuran y crisan con las pastillas Morelló.

Sport.

DE PEDAL A PEDAL.

EL BAILE DE LA ZARZUELA

Na siempre se presenta el ciclismo pedalante; algunas veces aparece el ciclismo danzante. Y no se tome á mala parte la palabra, que se presta admirablemente al retrucado para un fabricante de objetos baratos. Y consta que no me refiero á Paso, ni á Atyraz.

Esta noche en el teatro de la Zarzuela los ciclistas darán paz á los pedales, ya que no á las piernas, y se lanzarán al sport del baile, no tan bigliato como el otro, pero en el que se pueden conseguir buenos recuerdos, *verbo en gracia*, que diría Silva, el rec. del de la "tajada", el de la "mangada" y hasta el de la prevención con su correspondiente bronca *prévia*.

La empresa de bailes de dicho teatro dedica el de esta noche á los ciclistas madrileños. Pero los honores de la fiesta son sólo para ellas. Una porción de premios, velocipedinos, por supuesto, servirán de anzuelo para que nuestras "compañeras de pedal" vayan allá á lucir su "más ricas y elegantes vestidos ciclistas y sus pantalillos, no menos ciclistas que los vestidos.

Parece que el primer premio será una sugestiva bicicleta de señora, que estará expuesta—la bicicleta, no la señora—allí, durante el baile, modesta y atractiva, virgen é ignorante de las voluptuosas sensaciones que debe, sin duda, experimentar las bicicletas ya bregada en el servicio de conducir á la más bella mitad del género humano en alas del veloz cielo.

No hay que decir si habrá carreras esta noche en el popular teatro de la calle de Jovellanos. De "actitud" al principio; cuando aun la gente no se decide á bailar, de "velocidad" después, cuando Terpacore se encuentre en todo su pleno y vertiginoso vuelo; y de "obstáculos", desde el principio al fin del baile, con sus correspondientes apretones, arrempujones, codazos y pisadas, y alguna que otra caída ni más ni menos que la más acreditada "piña".

Todas las "pruebas" del velódromo nocturno del teatro de la Zarzuela serán en "tandém", esto es, por parejas. Habrá, sin duda, alguna tripleta y hasta cuadrupla, especialmente en los palcos, pero estarán en reposo relativo, no tomarán en aquel momento parte en las carreras del baile.

En invierno, como es natural, el ciclismo tiende á cobijarse, del "Salón Pedal" al teatro en que se baila. Los clubs ciclistas, actualmente en ebullición, han encontrado un terrible competidor en estos velo-salones que se han inaugurado este invierno y cuyos *troupeas*, ó hablando en propiedad "equipos", han venido á sumarse á las *troupeas de coin* y últimamente de tiro al blanco que entretienen las veladas de los madrileños.

Y como "aun hay clases" el Salón Pedal da la nota aristocrática, y el velódromo de la Carrera la democrática.

No obstante los tiempos deben de estar por la democracia, no la paralizaba que sirve de anzuelo á los pescadores políticos, sino la característica del modo de ser de Madrid, donde todo se cohesiona y se mezcla, puesto que el salón Pedal ha ba-

jado los premios, ni más ni menos que si fueran nuestros papeles financieros.

Los españoles, que tenemos el instinto de la apuesta, como cualquier inglés, no vamos á jugar nuestras perlas alrededor de un hipódromo ó ante un par de galanes que boxean; pero lo hacemos ante una muchacha más ó menos bonita, más ó menos graciosa, que dan una tuerca á unas palafreñas. El sport por el sport todavía no lo comprendemos, pero el juego por el juego desde niños nos lo enseñó paternalmente el Gobierno por medio de la simba nacional, en la que éste cobra las puertas.

En estos momentos en que escribo estas líneas, está desarrollándose en la calle donde vivo, que es la de Hortaleza, para servir á Vds., la anual manifestación *sportiva* (?) de la fiesta de San Antón. Y puedo asegurar á Vds. que todos los años se presenta la cosa más desmedrada. Paresen que los caballos presienten los automóviles y temen que están llamados á desaparecer, como la forma poética.

En cambio, van Vds. esta noche á cualquier velo-salón ó sala de coin y verán cuantos *portmes* del juego estarán dedicándose con fruición á apostarse unas perlas.

Algunas veces pienso si el sport está también llamado á desaparecer.

Mas luego recuerdo que no hay cuidado, mientras exista Madrid y existan madrileños: la gente de que dispone más tiempo que pierdo, y, por lo tanto, tiene que emplear en algo.

CICLOLATA.

BICICLETAS Y TANDEMS «ALLRIGHT» lo mejor y lo más barato. G. Green, Bordadores, 3.

ESPUELAS «CROOK». Indispensables á los ciclistas para subir cuevas. Un par 10 ptas, 3 pares 25 ptas. Se envían certificado; 25 cts. más. Atocha, 36, 2.º

HUMBER lo más selecto. de lo mejor.

TOWNEND lo más barato. de lo mejor. Santos Hns., Arenal, 15, Madrid.

RESTAURADOR del NEUMÁTICO. Indispensable para las cubiertas gastadas. Depósito de accesorios ciclistas de todas clases. E. LEAL, Ferraz, 49, hotel.

DUNLOP. El primero, el mejor y el más conocido de los neumáticos. Su- cursal: C.º S. Jerónimo, 32, Madrid.

El veloz Sport

es el más antiguo, el mejor ilustrado y el de más circulación de los periódicos ciclistas.

REDACCIÓN:

Hortaleza, 34.

Pedid en todas partes el célebre Anís del MONO.

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUENAS
COGNACS SUPERFINOS



GIMÉNEZ Y LAMOTHE
Málaga. — Manzanares.



PERIÓDICO SEMANAL FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

MADRID: Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 5; año, 9.
PROVINCIAS: Semestre, 5,50 pesetas; año, 11.
EXTRANJERO Y ULTRAMAR: Año, 17 pesetas.
En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el Extranjero y Ultramar por menos de un año.
Empiezan en 1.º de cada mes y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro mútuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles y certificando en este caso la carta.

PRECIOS DE VENTA

Un ejemplar, 20 céntimos.
A corresponsales y vendedores, 15 céntimos cada ejemplar.
Los ejemplares de números atrasados se servirán con aumento de 5 céntimos.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el envío del paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN E IMPRENTA:

Calle de San Hermenegildo, n.º 32 dup.º

DESPACHO: Todos los días de 10 mañana á 7 tarde.

SECCIÓN DE ANUNCIOS

Solicítense tarifas.

COLECCIONES

DE
Barcelona Cómica,

PERIÓDICO FESTIVO ILUSTRADO

Se han puesto á la venta las de los años 1896 y 1897.
Dirijanse los pedidos á la Administración,
Aribau, 13, Barcelona.

MADRID.—Imprenta del Madrid Cómico, San Hermenegildo, 32 dup.º

RUIZ DE VELASCO

MONTERA, 7



ROPA BLANCA.

ESPECIALIDAD

EN EQUIPOS PARA NOVIAS,

CANASTILLAS PARA RECIEN NACIDOS,
GÉNEROS DE PUNTO Y CAMISERIA

Ruiz de Velasco

7, MONTERA, 7

CATALOGOS ILUSTRADOS GRATIS